

LA REALIDAD HUMANA DE LA IGLESIA

José María Castillo



I. INTRODUCCION

La fe cristiana nos enseña que la Iglesia es una realidad sobrenatural y divina. Porque tiene su origen en Cristo y en la voluntad de Dios. Porque cuenta con un mensaje que viene de Dios, y con una gracia que es la gracia de Dios. Porque su finalidad última es la salvación de los hombres más allá de este mundo, etc., etc.

Pero la Iglesia no es solamente todo eso. La Iglesia es también una institución social, que existe en este mundo y está compuesta por hombres de esta tierra. Es decir, la Iglesia es también una realidad natural y humana. Que aparece ante la gente, y ante nosotros mismos, de una manera determinada y provoca unas reacciones determinadas. En este sentido, es evidente que la Iglesia parece, ante la mayor parte de la gente, como una gran institución, que tiene su propio sistema ideológico y organizativo, con una estructuración determinada y bastante uniforme por todas partes.

Ahora bien, existe el peligro de que nosotros, al abordar el estudio de la Iglesia desde nuestros presupuestos de fe (puesto que lo hacemos como creyentes), nos limitemos a estudiar la

Tanto este artículo como **Iglesia y Reino de Dios**, publicado en este mismo número, sintetizan dos de las exposiciones del autor dentro de un cursillo de eclesiología tenido en la Archidiócesis de Cuenca, Ecuador, en junio del presente año.

realidad sobrenatural y divina de la Iglesia, sin tener al mismo tiempo en cuenta su realidad natural y humana. Dicho de otra manera, existe el peligro de que nos fijemos demasiado en una eclesiología esencialista (lo que la Iglesia **tendría que ser**) y no prestemos toda la atención debida a lo que podríamos denominar como una eclesiología existencialista (lo que la Iglesia **es de hecho** en su totalidad actual).

Por supuesto que el **deber ser** de la Iglesia ha de corregir incesantemente a lo que la Iglesia **de hecho es**. Lo que debe ser la Iglesia se ha de proyectar siempre sobre la realidad que de hecho existe, para enjuiciarla, para estimularla o para corregirla. Pero es claro que todo esto nos está diciendo hasta qué punto un estudio serio y responsable de la eclesiología debe tener muy en cuenta el hecho concreto de la Iglesia tal como existe en su situación actual. Esta es la razón por la que empezamos nuestro estudio de la Iglesia precisamente por la situación de hecho.

2. LA IGLESIA COMO INSTITUCION.

La Iglesia, además de ser una realidad sobrenatural para el creyente, es también una **institución social**. Lo cual quiere decir que el cristianismo, al ser vivido, tiene siempre lugar en una sociedad determinada, y es inevitable que en tal sociedad el sistema de ideas y de valores del cristianismo se traduzca en formas concretas de pensamiento y de acción.

Este proceso de **traducción** del cristianismo en unas formas concretas es lo que se llama **institucionalización**. El resultado es siempre un conjunto de estructuras determinadas, que dependen no sólo del contenido del mensaje revelado por Cristo, sino también de la cultura y del sistema social en los que el cristianismo se encarna.

De lo dicho se sigue que inevitablemente la Iglesia que hoy vivimos es la resultante, no sólo del contenido del mensaje de Cristo, sino además de un conjunto de estructuras sociales a diversos niveles. Hoy son contestadas muchas cosas que hay en la Iglesia. ¿Cuáles provienen de Cristo? ¿Cuáles son las resultantes de este proceso de traducción y de institucionalización, con todos los condicionamientos sociohistóricos que todo eso lleva consigo?

No tenemos más remedio que afrontar este problema, si queremos ser honestos en nuestro tratamiento del tema de la Iglesia. Otra cosa es que nuestro criterio de explicación y de justificación vaya a ser solamente el conjunto de sistemas sociales que han influido en la Iglesia. Tenemos que contar con la presencia del Espíritu de Dios, que conduce la historia y que asiste siempre a su Iglesia. Esto es cierto. Pero no podemos negar lo otro, a saber: los posibles influjos meramente culturales que han venido a determinar y condicionar decisivamente la institución eclesiástica tal como hoy se nos muestra.

Ahora bien ¿qué consecuencias tiene todo esto a la hora de analizar lo que es la Iglesia y cómo funciona? Enseguida lo vamos a ver.

3. LA PATOLOGIA SOCIAL DE LAS INSTITUCIONES.

Es un hecho, de sobra comprobado por la sociología, que toda sociedad es susceptible de formas de conducta que pueden llamarse patológicas. ¿En qué consiste este fenómeno al que llamamos "patología social de las instituciones"?

Consiste en el hecho, comprobado por la experiencia, de que con frecuencia las instituciones que se han organizado para unos fines determinados de servicio al público y a los ciudadanos, se ven constantemente amenazadas de constituirse ellas en sí mismas su propio fin. Es decir, la institución, que está pensada y montada para el servicio de los demás, se puede constituir (y de hecho se constituye con frecuencia) en fin de sí misma y para sí misma. Y así ocurre a veces que los intereses de la institución se superponen a los intereses de los sujetos a los que la institución debe servir, porque para eso está constituida. Por ejemplo, se puede dar el caso de una fundación, que está organizada para el servicio de los necesitados, y que se llegue a organizar de tal manera que un buen día los dirigentes de la fundación se den cuenta de que se gasta mucho más dinero en pagar a los funcionarios de la fundación y en mantener sus edificaciones y campañas de publicidad que en atender a las personas a las que la fundación tiene que atender porque ése es su fin.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que este fenómeno se produce, la mayor parte de las veces, no por la decisión malvada de los miembros de la institución, sino por fuerzas irracionales, fuerzas de cuya presencia apenas son conscientes

los responsables de la institución.

Por supuesto que también la malicia de los hombres constituidos en autoridad puede ser responsable de los efectos destructivos de la institución. De todas maneras, existe un tipo de comportamiento irracional de las instituciones, que se produce, no por decisiones conscientes, sino por reacciones espontáneas y semiconscientes de los gobernantes de la institución.

La consecuencia que se sigue de todo lo dicho es muy clara: cuando hablamos de los males y defectos de la Iglesia -refiriéndose principalmente a los dirigentes eclesiásticos- en realidad de lo que estamos hablando es de la patología social de las instituciones. Porque lo que de hecho describimos, al hablar de los males de la institución eclesial, son sencillamente las enfermedades que entraña la patología social en todos los casos.

Por lo demás, esto no quiere decir que tales males sean inevitables. En realidad, lo que quiere decir es que, a la hora de ponernos a reflexionar sobre esos males y su posible solución, es necesario saber situar exactamente el problema para no dar pallos de ciego. Porque el problema no está en la mejor o peor voluntad de los hombres de la institución, sino en el fenómeno mismo de la institucionalización con todas sus consecuencias.

¿Quiere esto decir que vamos a defender que la Iglesia no debe ser una institución y que, por lo tanto, hay que desinstitucionalizar a la Iglesia?

Sinceramente, jamás se nos ha pasado eso por la cabeza. Porque es contrario a la revelación divina. Y porque es contrario también a nuestra condición de hombres, que viven en la sociedad y en la historia. Todo esto quiere decir, más bien, que a la comunidad de los creyentes en Cristo se les impone incesantemente el derecho y el deber de revisar su propia patología social, la situación constante de la institución Iglesia. No para estar constantemente inventando a la Iglesia, lo cual sería absurdo y ridículo. Sino para estar confrontando constantemente a la Iglesia con el Evangelio, con las intenciones de Jesús y su proyecto en el mundo. He ahí una tarea fundamental de los creyentes de todos los tiempos.

4. LA PATOLOGIA SOCIAL EN EL N.T. Y EN LA IGLESIA.

Este fenómeno, que venimos analizando, aparece ya en el

Nuevo Testamento. En efecto, no hay que esforzarse demasiado para comprender que los datos que nos aporta la patología social de las instituciones, se ven plenamente confirmados por lo que nos dice el Nuevo Testamento sobre los enfrentamientos de Jesús con la institución religiosa de su tiempo.

En primer lugar, el conflicto de Jesús con la institución religiosa de su tiempo (conflicto tan destacado en los cuatro evangelios) pone de relieve algo más que los pecados personales y los defectos de unos dirigentes determinados. Lo que se nos revela, en todos esos conflictos, es un comportamiento de la institución religiosa, que subsistirá como tentación continua para cualquier organización social.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que el enfrentamiento de Jesús con la institución religiosa de su tiempo no es un dato marginal en los evangelios. No sólo por su extensión, sino más que nada por su fuerza, hay que reconocer que el hecho de ese enfrentamiento reviste un sentido fundamental para la inteligencia del evangelio.

En tercer lugar, no se trata solamente de un dato fundamental para la inteligencia del evangelio. Además de eso, se trata también de un mensaje para la Iglesia. Porque parece bastante claro que si las comunidades primitivas (en las que se elaboró el relato evangélico) seleccionaron su material de manera que quedó tan destacado todo el tema del enfrentamiento, eso quiere decir que ahí y en eso aquellas comunidades vieron algo muy fundamental para ellas mismas, es decir para la Iglesia. Por lo tanto, no se trata sólo de la pugna entre Jesús y la sinagoga, sino además de la confrontación de la Iglesia con Jesús y su mensaje.

Ahora bien, todo esto nos viene a decir que la pugna de Jesús con la institución religiosa de su tiempo nos descubre la condición del evangelio en el mundo en un sentido preciso, a saber: en el sentido de hacernos ver la ceguera que amenaza a la Iglesia y, en general, a toda institución. Es decir, la lección que los evangelios nos dan con respecto a la Iglesia en este sentido consiste en decirnos lo siguiente: la Iglesia, en cuanto institución, se ve siempre amenazada de reaccionar ante el evangelio de Jesús como reaccionó la institución religiosa del tiempo de Jesús. En otras palabras, la Iglesia está siempre amenazada de ceguera respecto al evangelio que presenta Jesús.

Y parece que la experiencia nos confirma que esta manera de ver las cosas no es una mera hipótesis, sino una triste realidad que se ha puesto de manifiesto a lo largo de la historia. Por eso ese enfrentamiento se ha aplicado a los judíos, haciendo siempre uso de él en sentido antisemítico; pero raras veces se ha aplicado a la propia institución eclesiástica.

Por lo demás, no nos debe extrañar que todo esto ocurriera así. Hay tres razones muy claras por las que la institución rechaza a Jesús y se enfrenta con él: **Primera**, porque los representantes de la institución se consideran en posesión de la verdad y con la tradición de la verdad, sencillamente rechazan la verdad porque dicen que ya la poseen (cf. Jn 9, 41). **Segunda**, porque los representantes de la institución se consideran en posesión de la virtud; puesto que ellos cumplen todo lo que está escrito en la Ley, se consideran gratos y justos ante Dios. Tal es el sentido de los numerosos enfrentamientos con Jesús a causa del quebrantamiento de la Ley (Mc 1, 22- 3,6). **Tercera**, porque los representantes de la institución están apegados a su posición de privilegio (cf. Jn 8, 21-30).

Ahora bien, estas tres razones no nos remiten a meros defectos personales de los dirigentes, sino que nos remiten al fenómeno institucional en cuanto tal. Porque, en realidad, lo que tales hombres creen defender es la verdad de la institución, la norma de comportamiento de la institución y la finalidad misma de la institución. Pero no caen en la cuenta de que, en realidad, lo que ocurre es que **se identifica abusivamente la finalidad de la institución con los intereses de la misma institución.**

5. IDEOLOGIA Y TEOLOGIA.

Todavía hay que sacar otra consecuencia de todo lo dicho. Toda institución se crea su propia ideología y su propia praxeología. Una ideología y una praxeología que están inevitablemente orientadas, no sólo hacia la promoción de los fines de la institución, sino también hacia los intereses de la misma institución, para reafirmar la propia situación de privilegio. Esto pasa a todas horas y por todas partes: los gobiernos, por ejemplo, tratan de promover cierta interpretación de lo que significa pertenecer a un pueblo, desarrollar cierta visión de la lealtad, cierta opinión de lo que representan las demás naciones y, en general, un **ethos** que hace prácticamente imposible la crítica radical de la política gubernativa.

De todo esto, en buena medida, no es una excepción la Iglesia. Por esto se comprende que dentro de esta Iglesia se haya desarrollado una teología que presenta muchos síntomas de ser tanto una ideología del sistema institucional como una reflexión desde la fe del pueblo y para la fe del pueblo. ¿Por qué se han desarrollado tanto determinados temas referentes a los poderes y privilegios de la autoridad, mientras que apenas se ha sacado partido operativo y eficaz de otros temas clave que están seguramente más destacados en el Nuevo Testamento? Si a las bienaventuranzas se les hubiera sacado todo lo que se ha pretendido sacar del texto "tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...", es seguro que a estas alturas apenas quedarían pobres en el interior de la Iglesia.

Por eso, desde ahora nos preguntamos: la reflexión que vamos a hacer sobre la Iglesia, ¿responde a la ideología del sistema? ¿o responde, más bien, a los planteamientos que se derivan de la revelación? Esta pregunta debe estar muy presente en todo nuestro trabajo. Para que actúe como exigencia evangélica en nuestra reflexión.

6. INSTITUCION Y SOCIEDAD.

Suponiendo lo dicho anteriormente, damos ahora un paso más y vamos a centrar nuestra atención en el fenómeno de la interacción que se da entre las instituciones religiosas y la sociedad. Más en concreto, vamos a analizar brevemente el fenómeno de interacción que se da entre la Iglesia y la sociedad.

Para ello empezamos por analizar el concepto de **legitimación**. Para comprender la relación y la interacción que se establece de hecho entre las instituciones religiosas y la sociedad, hay que partir del concepto de legitimación.

Según explican los sociólogos de la religión, se entiende por legitimación "un conocimiento socialmente objetivado, que sirve para justificar y explicar el orden social". Dicho de otra manera, la legitimación es la respuesta a cualquier pregunta sobre **el por qué** de tantas y tantas realidades que **de facto** se dan en nuestra sociedad y están institucionalizadas en un determinado grupo social. Por eso la legitimación da respuesta al por qué de la autoridad, al por qué de lo intocable de las relaciones familiares, al por qué del derecho de propiedad, etc., etc.

En el fondo, se trata de lo siguiente: en toda sociedad existen un conjunto de hechos y de instituciones, en definitiva de **soluciones**, que ante la conciencia ciudadana son consideradas como intocables ("de esto no se discute"). Ahora bien, ¿por qué tales instituciones y tales soluciones son consideradas como intocables?. ¿Por qué se aceptan sin más? ¿Qué es lo que secretamente y en el subsuelo opera ahí para que tales principios y tales instituciones actúen y sigan funcionando con tal constancia y con tal eficacia? El común denominador, que opera en el subsuelo de toda respuesta a tales preguntas, es lo que se llama legitimación.

7. LEGITIMACION Y RELIGION.

Supuesto el concepto elemental de legitimación, que acabamos de ver, la pregunta que ahora nos hacemos es la siguiente: ¿en qué sentido y hasta qué punto la religión actúa como principio o fuerza de legitimación de toda una serie de principios activos e intocables que operan constantemente en la sociedad?

Lo primero que hay que decir a este respecto es que la legitimación es más amplia que la religión. Es decir, no toda legitimación es religiosa ni procede de un fundamento religioso. Por la sencilla razón de que existen infinidad de legitimaciones que no son propiamente religiosas, por ejemplo ciertas legitimaciones de orden familiar o de la convivencia ciudadana. Esto parece bastante claro.

Pero, dando un paso más, hay que decir también que la religión ha actuado hasta el presente, y sigue actuando en la actualidad, como una fuerza bastante importante de legitimación del orden social establecido. ¿Por qué es eso así?

La religión otorga a las instituciones sociales (por medio de la legitimación) una especie de **status** ontológico que se presenta como intocable, porque es un **status** de referencia cósmica y sagrada: cada cosa de aquí abajo tiene su referencia allí arriba, con lo cual se establece una relación microcosmos-macrocosmos, cuya consecuencia inevitable es la sacralización del orden social constituido. Lo mismo que hay un parentesco en el cielo, también lo hay en la tierra; lo mismo que hay una patria en el cielo, también la hay en la tierra; lo mismo que hay una autoridad en el cielo, también la hay en la tierra. Y así sucesivamente. Las instituciones terrenas son un reflejo de la realidad última y definitiva. El microcosmos es un reflejo

y tiene una íntima conexión con el macrocosmos; las instituciones terrenas tienen su última explicación en la realidad intocable, sacral y divina. De esta manera, la legitimación religiosa actúa como un proceso de sacralización, inconsciente en muchos casos, confusamente percibida en otros; pero de todas maneras un proceso de sacralización que resulta eficacísimo. Eficacísimo en orden a consolidar y establecer firmemente las instituciones sociales y, en general, el orden social establecido.

La consecuencia inevitable, que se sigue de esta relación existente entre la religión y la legitimación, es que cada institución religiosa actúa, por su dinámica interna, más como fuerza de retención y estancamiento del orden social constituido, que como fuerza de renovación y de cambio. Porque si el orden del microcosmos corresponde al orden del macrocosmos, en la misma medida que el orden de allí arriba es intocable, igualmente lo es el orden de aquí abajo. Este mecanismo actúa, de manera inconsciente, en toda persona que se confiesa religiosa. Para una persona falsamente religiosa, tocar el orden social establecido sería lo mismo que tocar nada menos que el orden cósmico, es decir tocar en la realidad sacral, y por tanto, en lo intocable.

¿Por qué la teología de la liberación ha encontrado tanta resistencia en los ambientes burgueses y entre los grupos sociales más tradicionalmente practicantes? La respuesta es clara, a partir de lo que acabamos de ver. Una teología que atenta contra el orden social constituido no puede ser una buena teología. Por supuesto, esto nunca se dice así tan descaradamente. Pero es en el fondo lo que activa y pone en marcha tantas acusaciones y tantas denuncias como se han hecho, y se siguen haciendo, contra la teología de la liberación.

En definitiva, es lo mismo que ocurrió con Jesús. De ahí las acusaciones que se hicieron contra él en la pasión: se le acusa de trastornar el orden, de atentar contra la religión, se le considera como un enemigo público al que hay que liquidar para poder subsistir. Porque, en el fondo, siempre se trata de lo mismo: una religión que actúa como desestabilizadora del orden constituido no puede ser la verdadera religión que Dios quiere. He ahí la dificultad de fondo que ha de tener muy en cuenta toda teología. El hecho religioso, visto desde el punto de vista evangélico, es un hecho ambiguo, que puede actuar como fuerza de retención y estancamiento del cambio social.

8. UN EJEMPLO: LA MENTALIDAD BURGUESA.

Seguramente el ejemplo más elocuente de lo que representa este principio de legitimación lo tenemos en el hecho de la mentalidad burguesa.

Como es sabido, el hecho de la burguesía existe desde la Edad Media. Pero la conciencia burguesa se desarrolla en la segunda mitad del siglo XVIII, sobre todo en Francia, de donde pasa al resto de Europa y también a América Latina. Esta mentalidad tiene una implicación social muy estridente: porque si el orden terreno es reflejo del orden cósmico y celeste, entonces eso quiere decir que hay que salvar a toda costa el orden establecido en la tierra y en la sociedad. Ahora bien, en la sociedad hay clases sociales diferentes, hay ricos y pobres. Pues bien, es necesario que ese orden se mantenga así, y Dios lo quiere así. En el fondo, la idea que subyace en todo esto es que la virtud se identifica con el orden: hay virtud donde hay orden. Por consiguiente, es necesario mantener el orden social constituido, para que en la sociedad haya virtud y amistad con Dios.

La cosa nos parece hoy brutal. Pero era la mentalidad de la época, que se aceptaba como lo más natural del mundo. Esta mentalidad se encuentra desarrollada y explicada en los sermones de los grandes educadores de la conciencia burguesa de la Francia del XVIII, sobre todo los jesuitas y los jansenistas. Por ejemplo, dice el P. Bourdaloue en uno de sus sermones:

"Fue necesario que hubiese diversas clases sociales y, ante todo, fue inevitable que hubiese ricos y pobres, a fin de que existieran en la sociedad humana obediencia y orden".

Este planteamiento era perfectamente lógico, desde el punto de vista de aquella mentalidad. Porque si en la sociedad todos quisieran ser ricos, todos quisieran vivir bien, ¿qué desorden no se produciría? De esta manera, la religión actuaba como legitimadora de un orden de cosas que beneficiaba a unos pocos, con daño y perjuicio para los demás.

Por lo demás, es importante caer en la cuenta de que esta manera de pensar se ha perpetuado hasta nuestros días. Todavía se escuchan sermones en los que estas cosas se dicen de manera más o menos velada, sobre todo los sermones que utilizan la resignación como argumento tranquilizante para mantener a los pobres en su situación desdichada. En este sentido, resulta impresionante saber que los economistas más prestigiosos afirman

que una de las causas más poderosas de que por qué existe la pobreza en el mundo es precisamente la resignación de los pobres. Desde este punto de vista, hay que reconocer que las religiones han prestado un triste servicio a la humanidad, ya que han influido poderosamente para mantener situaciones de injusticia que claman al cielo.

9. CONCLUSION.

Si ahora resumimos lo dicho hasta este momento, tenemos lo siguiente: la Iglesia es no sólo una realidad sobrenatural y divina, sino además una institución humana, que como tal está sometida a los peligros y tentaciones a que se ven sometidas todas las instituciones de este mundo. Y es fundamental tener eso en cuenta a la hora de reflexionar sobre lo que es y lo que significa la Iglesia en nuestro mundo y en nuestra sociedad.

Estos peligros y tentaciones son fundamentalmente dos: en el interior de la Iglesia, la patología social que afecta inevitablemente a todas las instituciones de este mundo; en la relación de la Iglesia con la sociedad, la legitimación que suelen prestar las instituciones religiosas a las realidades mundanas, sobre todo a aquellas realidades que se relacionan más directamente con el poder y la dominación.

Ahora bien, si tenemos en cuenta este estado de cosas, es evidente que la teología de la liberación, si quiere ser coherente y eficaz, ha de empezar por tomar muy en serio estos condicionamientos que tan poderosamente afectan a la Iglesia y a la acción de la Iglesia en el mundo y en la sociedad. Es importante empezar nuestra teología por la realidad brutal e inhumana que nos presentan los pobres. Pero es igualmente importante empezar también por el hecho de la Iglesia tal como existe y funciona en nuestra sociedad. Quizá este último punto ha sido descuidado por la teología de la liberación hasta ahora. Por eso parece razonable afirmar que una de las tareas más urgentes, que se presentan a la teología de la liberación, es precisamente elaborar una buena eclesiología. Una eclesiología que tome como punto de partida la situación existente en la Iglesia, en cuanto institución afectada por determinadas patologías; y en cuanto hecho religioso que actúa como legitimador del orden constituido.